

## **Aquí abrimos los ojos**

### **Por Héctor Abad Faciolince**

Este que ven aquí retratado es el país donde nacimos y vivimos más de cuarenta millones de personas: Colombia. Ser colombiano no es un orgullo ni es una vergüenza. Es lo que es. Al principio, un hecho irremediable del azar. Después, una mezcla de padecimientos y alegrías. Ahí nacimos, como quien nace en Suecia, en Italia o en Kenia, sin haber escogido el sitio. Aquí nos arrojaron al mundo, aquí abrimos los ojos y aquí hemos visto todo esto, sí, todo esto que en este libro puede verse. Un desfile desordenado de dolor y alegría, de emociones fuertes, demasiado fuertes, de contrastes al borde del absurdo.

¿Son verdad estas fotos? Sí, cada una es una verdad verdadera. Son instantes reveladores captados con el ojo certero de grandes reporteros en ejercicio. Instantes que a veces se portan como epifanías: una revelación súbita de lo que somos. En sitios apartados, en sitios peligrosos, en sitios tórridos, en lugares gélidos. En cada foto reconozco lo que somos: siento el calor o el frío, siento el olor, huelo el miedo, oigo la música, me parece entender las palabras que la foto no capta.

¿De qué color es un colombiano? Puede ser de todos los colores: tenemos nalgas negras, nalgas blancas, nalgas cobrizas. Y el pelo también: liso, rizado, negro, rubio, café. Aquí lo ven. Indios, negros, mestizos, mulatos, blancos, asiáticos: todo, allí hay de todo, como una anticipación del futuro del mundo. El mundo será así, probablemente, múltiple y diverso, como venimos siendo nosotros desde hace varios siglos.

Este país que aquí se ve no es el país turístico del cielo siempre azul y los paisajes bucólicos. Hay pantano, suciedad, borrachera, armas. El agua no es siempre cristalina ni el paisaje siempre verde. Los ríos no se cruzan con puentes sino con “chiribitos” o a caballo o en canoa. No es un país maquillado para las agencias de viajes. Tampoco es un país siempre horrendo, siempre en guerra, siempre en la miseria. Alguien busca agua, alguien juega en la calle o practica el deporte en medio de la peor pobreza, otros esperan o sonríen o sueñan.

Los colombianos no queremos ser una anomalía permanente. Un país lleno de ejércitos legales e ilegales en permanente guerra. Enterramos y lloramos a nuestros muertos con el mismo dolor con que en otras partes los entierran; no estamos acostumbrados a la muerte; nos duele como a todos, como a ustedes. No quisiéramos que hubiera tantos muertos por balazos, por armas, por el fuego. Preferiríamos que la mayoría de la gente, como es lo normal, se muriera de vieja. Fotos como estas (o mejor: realidades como éstas) han contaminados nuestros sueños, nos han despertado en el sudor y el miedo de una pesadilla a la que quisiéramos verle un fin.

Padecemos varias pestes. La peor epidemia, sin duda, es la violencia: un Ejército regular y muchos otros ejércitos irregulares: de supuesta derecha, de supuesta izquierda, de narcos, de finqueros. Otra peste es la miseria: las condiciones infrahumanas de vida. También hay pobreza digna, austera. Pero lo inaceptable es la miseria completa: niños que trabajan de sol a sol, gente que no tiene ni lo mínimo: agua, comida, techo, educación. De estos dos países (el miserable, el violento) no podemos sentirnos

orgullosos y las personas mejores de Colombia hacen lo que pueden por no olvidar estas pestes y por combatirlas. ¿Cómo? Depende: hay médicos, hay agricultores, hay incluso políticos. También hay periodistas que se arriesgan por decir la verdad cada día, cada semana. Los reporteros escriben, los fotógrafos toman fotos: para que se sepa, para que se vea, para que no se olvide, para ser un espejo fiel del mundo que nos tocó en suerte, para que no se crea que somos solamente el país de las postales. Y tampoco solamente el país de los asesinos: los reporteros se oponen a la muerte.

Una selva de fusiles, el ojo de una niña que se salvó de una bala previa, niñas que bailan y sonríen, niños cuyo futuro es la pelea. Viejos de piel curtida, arrugas en las arrugas de las arrugas, color de sangre, olor a sangre de toro, de gallo de pelea, de combate en la selva, de muerte en una acera. El catolicismo rezadero, el agua, los buses de escalera atestados hasta el techo, los recolectores de amapola y de hoja de coca, los combatientes muertos, las protestas callejeras reprimidas con rabia, el juego de azar como vicio, el amor de los “duros” que se quedan con las muchachas más bonitas del pueblo. En cada foto una historia que conocemos, o un cuento que podemos imaginar. Las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia rodean aquí a un soldado que parece alegre. La selva de fusiles es casi tan tupida como la misma selva. Las lavanderas de río, la belleza inaudita del paisaje, el vértigo, los uniformes nuevos de los paramilitares...

Tampoco somos solamente el país de la sangre, no. Allí también se goza, se ama, se duerme, se come, se reza. Y en este libro está casi todo, no es un libro parcializado, no es un libro lúgubre, no es un libro jubiloso. Es lo que es, es lo que somos. En él yo encuentro nuestra religiosidad al borde de lo supersticioso, nuestra política siempre en el linde con la violencia, nuestras diversiones salvajes o sanas, nuestro arroz (más que el pan) de cada día, los retos enormes de una naturaleza tropical y diversa: montañas, selvas, desiertos, frío, calor, desde la nieve hasta el fuego. Me hace falta, tal vez, un poco más de vida dentro de los hogares: cómo son las salas de las casas (cuando hay salas), las camas (cuando hay camas), los comedores (si hay mesa), los adornos (que siempre los hay). En el Chocó y en el Cauca, pero también en el norte de Bogotá o del sur de Medellín. No importa, un libro no puede ser tampoco un resumen perfecto, y el periodismo muchas veces, demasiadas veces tal vez, se olvida de lo cotidiano, de lo normal, de un hombre frente a un plato de fríjoles, con una cuchara en la mano.

Aquí está, pues, la imagen de nuestro país, su resumen que duele en las pupilas. Los fotógrafos nos lo han mostrado, valientemente. Nos queda a nosotros sentirlo, recordarlo, cuidarlo, transformarlo. Sin orgullo y sin vergüenza; tal vez con dolor y rabia.